



La disposición del espíritu

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

La liturgia de la Palabra de este sexto domingo de Pascua, nos presenta la realidad de la primera comunidad cristiana, de tal manera que nos podamos preparar convenientemente para celebrar el nacimiento de nuestra Iglesia. San Lucas en el relato de los Hechos de los Apóstoles, presenta el interés del autor de mostrar la acción del Espíritu Santo que prepara los corazones para la escucha de la Palabra y fortalece la esperanza de la naciente comunidad.

En medio de una comunidad diezmada a causa de las persecuciones y la fuerte oposición judía al nuevo movimiento religioso, el apóstol pone en consideración un nuevo horizonte en donde la Palabra de Dios quiere extenderse para llegar a todo rincón de la tierra¹. El encuentro entre Pedro y Cornelio revela el deseo de Dios y la respuesta del ser humano. En el relato se puede notar la iniciativa de Dios para organizar este encuentro: “Cornelio... tus oraciones y tus limosnas han subido como memorial ante la presencia de Dios. Ahora envía dos hombres a Jope y haz venir a un tal Simón a quien llaman Pedro” (Hch 10,) mientras tanto Pedro estaba recibiendo una visión que le preparaba para el encuentro con un pagano y además funcionario de la cohorte Itálica, “Estando Pedro pensando en la visión, le dijo el Espíritu: aquí tienes unos hombres que te buscan. Baja pues al momento y vete con ellos sin vacilar, pues yo los he enviado” (Hch10, 20-21).

Es de esta manera como Dios ha preparado todas las maravillas que podemos percibir en el relato de este domingo, es el conocido Pentecostés de los paganos, aquí encontramos la respuesta humana, Pedro y Cornelio, obedientes a las mociones del Espíritu están abiertos a predicar y escuchar la Palabra de Dios, y en medio de ello se da la efusión del Espíritu Santo, causando asombro entre los presentes y conduciendo al bautismo. Una clara manera de revelar el deseo de Dios de derribar toda barrera que nos separa, para que podamos reconocernos unos a otros como hechuras de sus manos y caminando en un mismo horizonte de salvación. Ante el hecho Pedro responde “¿Acaso puede alguno negar el agua del bautismo a estos que han recibido el Espíritu Santo como nosotros?” (Hch 10,47).

La libertad del creyente se manifiesta plenamente en la docilidad a las mociones del Espíritu Santo, cuando estamos en plena cooperación con Él, entonces el plan de Dios se realiza prontamente. Esto pasó en el encuentro en la casa de Cornelio y sigue ocurriendo en todos los momentos en los que los creyentes nos atrevemos a compartir la Palabra de

¹ Para Lucas, la conversión de Cornelio no es un simple caso individual. Su alcance universal se deduce del mismo relato y de la insistencia en las visiones de Pedro y de Cornelio y, sobre todo, de la relación que el autor establece entre este acontecimiento y las decisiones de la asamblea de Jerusalén. Dos lecciones distintas parecen desprenderse: 1ª Dios mismo ha mostrado que los gentiles debían ser recibidos en la Iglesia sin que se les impusieran las prescripciones de la ley. 2ª Dios mismo ha mostrado a Pedro que debía aceptar la hospitalidad de un incircunciso: se advierte aquí el problema de las relaciones entre cristianos procedentes del judaísmo y los cristianos venidos de la gentilidad. (Nota marginal Biblia de Jerusalén)



desdelosimple

Para contemplar la vida

Dios haciendo que nuestra vida sea fiel reflejo de la misión que el Hijo de Dios nos ha encomendado. Para ello no olvidemos que estamos en el mes dedicado a nuestra Santísima Madre, la virgen María, quien nos inspira en esta obra. Haciendo referencia a su visita y ayuda a su prima Isabel, la Iglesia nos enseña:

María, Madre del Señor y espejo de toda santidad... proclama mi alma la grandeza del Señor, dice con ocasión de esta visita, y con ello expresa todo el programa de su vida: no ponerse a sí misma en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo; sólo entonces el mundo se hace bueno. María es grande precisamente porque quiere enaltecer a Dios en lugar de a sí misma. Ella es humilde: no quiere ser sino la sierva del Señor. Sabe que contribuye a la salvación del mundo, no con una obra suya, sino sólo poniéndose plenamente a disposición de la iniciativa de Dios. Es una mujer de esperanza: sólo porque cree en las promesas de Dios y espera la salvación de Israel, el ángel puede presentarse a ella y llamarla al servicio total de estas promesas. (Deus Caritas Est n.41)

El Espíritu Santo que surge del amor del Padre y del Hijo, es quién derriba todos los muros que nos hace extraños. Es así como en el ámbito de la consolidación de la comunidad cristiana, podemos escuchar en la segunda lectura y el evangelio, la relación de la expresión del amor que hemos recibido de Dios, como la marca discipular. Dios que ha amado a Israel, se revela en Jesucristo tomando la iniciativa para hacernos partícipes de su amor. El apóstol san Juan en su carta enfatiza en la definición más precisa “Dios es amor” (1 Jn 4,8) allí entendemos que el amor viene de Dios, nace en él y se comunica a sus hijos e hijas. “Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn 4,16). Al respecto la Iglesia nos enseña: “Estas palabras expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino. Además Juan nos ofrece una formulación sintética de la existencia cristiana: Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él”.

La consecuencia de vivir en relación abierta con el amor divino, es la fuente del verdadero gozo. Al presentar el mandamiento del amor Jesús le dice a sus discípulos “Les he dicho esto, para que mi gozo esté en ustedes y su gozo sea pleno” (Jn 15,11) estamos constantemente en este camino de unión íntima con nuestro Señor:

El encuentro con las manifestaciones visibles del amor de Dios puede suscitar en nosotros el sentimiento de alegría, que nace de la experiencia de ser amados. Pero dicho encuentro implica también nuestra voluntad y nuestro entendimiento... éste es un proceso que siempre está en camino: el amor nunca se da por concluido y completado; se transforma en el curso de la vida, madura y, precisamente por ello, permanece fiel a sí mismo... La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios coinciden cada vez más: la voluntad de Dios ya no es para mí algo extraño que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío. Crece entonces el abandono en Dios y Dios es nuestra alegría (Deus Caritas Est n. 17).